

The background of the cover is a detailed illustration of the city of Gondolin. The city is built on a high, rocky plateau, featuring a prominent, tall, white spire (the White Tower) and numerous other towers and buildings with intricate architectural details. The city is surrounded by a high, white stone wall. In the foreground, a lone figure, a Minotaur, stands on a rocky outcrop, looking out over the city. The figure is wearing a dark, fur-like garment and holding a spear. The sky is a deep, dark blue, and the mountains in the background are rugged and dark. The overall mood is one of a hidden, majestic city.

J.R.R. TOLKIEN

La CAÍDA de GONDOLIN

Editado por CHRISTOPHER TOLKIEN

Ilustrado por ALAN LEE

minotauro



J.R.R. Tolkien

LA
CAÍDA
DE
GONDOLIN

Editado por CHRISTOPHER TOLKIEN

Ilustrado por ALAN LEE

minotauro

La Caída de Gondolin

Published by HarperCollins *Publishers*, 2018
Originally published as *The Fall of Gondolin*, 2018

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2019, 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Todos los textos y materiales de J.R.R. Tolkien © The Tolkien Estate Limited, 2018

Prefacio, notas y el resto de materiales © C. R. Tolkien, 20178
© Traducción de Martín Simonson, Rubén Masera, Teresa Gottlieb, Luis Domènech,
Estela Gutiérrez Torres, Elías Sarhan y Ramón Ibero

Ilustraciones de cubierta e interior © Alan Lee, 2018
Diseño de cubierta: © HarperCollinsPublishers Ltd. 2018
Adaptación del diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

 y Tolkien® y La Caída de Gondolin® son marcas registradas
de The Tolkien Estate Limited

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-1706-7
Depósito legal: B. 4.082-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros
www.sociedadtolkien.org

ÍNDICE

Prefacio	9
Lista de ilustraciones	20
Prólogo	21
LA CAÍDA DE GONDOLIN	37
El relato original	39
El primer texto	113
<i>Turlin y los Exiliados de Gondolin</i>	115
La historia narrada en el <i>Esbozo de la mitología</i>	121
La historia narrada en el <i>Quenta Noldorinwa</i>	129
La última versión	144
La evolución de la historia	198
El final	232
El final del <i>Esbozo de la mitología</i>	234
El final del <i>Quenta Noldorinwa</i>	240
Lista de nombres	255
Notas adicionales	282

LA CAÍDA DE GONDOLIN



EL RELATO ORIGINAL

Entonces Corazoncito, hijo de Bronweg, dijo:

—Debéis saber entonces que Tuor era un hombre que vivió hace ya mucho tiempo en esa tierra del Norte llamada Dor-lómin o la Tierra de las Sombras, y los Eldar son los que mejor la conocen de entre todos los Noldoli.

Tuor provenía de un pueblo que recorría los bosques y los páramos y no conocía el mar ni le cantaba; pero Tuor no moraba con esas gentes y vivía solo cerca de ese lago llamado Mithrim, ora cazando en los bosques, ora tocando melodías junto a sus orillas en su tosca arpa de madera y cuerdas hechas con tendones de oso. Ahora bien, al oír hablar de la vivacidad de sus sencillas canciones fueron muchos los que llegaron de parajes cercanos y remotos a escuchar sus melodías, pero Tuor dejó de cantar y se marchó a regiones solitarias. Allí aprendió muchas cosas curiosas y recibió enseñanzas de los Noldoli errantes, que le enseñaron muchas palabras de su idioma y le transmitieron muchos de sus conocimientos; pero no estaba destinado a quedarse para siempre en esos bosques.

Se dice que tiempo después la magia y el destino lo llevaron cierto día hasta la entrada de una caverna por cuyo interior corría un río oculto que nacía en el Mithrim. Y Tuor se internó en la caverna para descubrir su secreto, pero las aguas del Mithrim lo arrastraron hasta el fondo de las rocas y no pudo regresar a la luz. Se dice que esto sucedió porque así lo quiso Ulmo, el Señor de las Aguas, que había inspirado a los Noldoli a abrir ese sendero oculto.

Entonces los Noldoli se presentaron ante Tuor y lo condujeron por largos pasadizos oscuros entre las montañas hasta que salió nuevamente a la luz y vio que el río corría veloz al fondo de una muy profunda hondonada por cuyos flancos era imposible trepar. Entonces Tuor ya no quiso regresar, porque sólo deseaba seguir avanzando, y el río lo condujo sin cesar hacia el Oeste.

El sol salía a sus espaldas y se ocultaba delante de él, y allí donde el agua se convertía en espuma entre los cantos rodados o se precipitaba en cascadas un arco iris cubría a veces la hondonada, pero al atardecer los lisos flancos resplandecían a la luz del sol del ocaso y, por ese motivo, Tuor le dio el nombre de Grieta Dorada o de Hononada Coronada de Arco Iris, «Glorfalc» o «Cris Ilbranteloth» en la lengua de los Gnomos.

Tuor siguió avanzando por allí durante tres días, bebiendo agua del río oculto y alimentándose de sus peces; y éstos eran dorados y azules y plateados, y de variadas y prodigiosas formas. Finalmente la cañada comenzó a ensancharse y, a medida que se abría, sus flancos eran cada vez más bajos y escarpados, y el lecho del río se iba cubriendo con más y más cantos rodados en torno a los cuales las aguas se volvían espumosas y borboteantes. Tuor se quedaba sentado por largo rato contemplando el salpicar de las aguas y escuchando su sonido, y luego se levantaba para avanzar saltando de piedra en piedra mientras cantaba; o, cuando las es-

trellas aparecían en la angosta franja de cielo sobre la hondonada, despertaba ecos con el sonoro tañido del arpa.

Un día, después de una larga y agotadora jornada, ya entrada la noche Tuor oyó un grito y no podía distinguir de qué criatura provenía. Entonces se dijo: «Es un duende —y luego—, no, no es más que un animal pequeño que aúlla entre las rocas»; y luego le parecía que un pájaro desconocido lanzaba un silbido de singular melancolía que jamás había oído; y, como no había escuchado a ningún pájaro mientras avanzaba por la Grieta Dorada, le alegró oír ese sonido aunque fuese lastimero. A la mañana siguiente oyó el mismo chillido sobre su cabeza y, al mirar hacia arriba, vio tres enormes aves blancas que se alejaban hacia el fondo de la hondonada con un impetuoso batir de alas y lanzando gritos como los que había oído en medio de la oscuridad. Eran las gaviotas, las aves de Ossë.

En esa parte del río había islotes rocosos en medio de la corriente y rocas sueltas cubiertas de arena blanca en la orilla de la hondonada, de modo que era difícil avanzar y, tras un rato, Tuor encontró por fin un lugar por donde podía escalar el acantilado. Entonces sintió que un viento fresco le daba de lleno en la cara y se dijo: «Esto es placentero como un sorbo de vino», pero no sabía que estaba cerca de los confines del Gran Mar.

Mientras avanzaba más arriba de las aguas, la hondonada volvió a estrecharse y sus flancos se elevaron, de modo que siguió caminando por la cumbre del alto risco hasta llegar a un paraje estrecho donde se escuchaba un gran estrépito. Entonces Tuor miró hacia abajo y vio un paisaje incomparablemente maravilloso, porque parecía que una marea de aguas enfurecidas subía contra la corriente por la estrecha hondonada, pero las aguas que bajaban desde el lejano Mithrim seguían avanzando y una muralla de agua se elevaba casi hasta la cumbre del risco, coronada de

espuma y retorcida por los vientos. Entonces las aguas del Mithrim cedían al empuje y la corriente que se internaba en la hondonada se precipitaba rugiente hacia el fondo del canal cubriendo los islotes rocosos y agitando la arena blanca, de modo que Tuor huyó atemorizado, porque no conocía los hábitos del mar; pero los Ainur lo inspiraron a trepar por el flanco, porque si no lo hubiera hecho el oleaje lo habría aplastado y era un oleaje impetuoso por los vientos del Oeste. Entonces Tuor se encontró en un paraje escabroso donde no crecía ni un solo árbol y estaba azotado por el viento que venía desde donde se ponía el sol, y todos los arbustos y los matorrales se inclinaban hacia el Oriente por el empuje del viento. Y por allí anduvo sin rumbo hasta llegar a los negros riscos que había junto al mar, y vio el océano y las olas por primera vez y en ese momento el sol se ocultaba bajo el borde de la Tierra, allá a lo lejos en el mar, y se quedó en lo alto del risco con los brazos abiertos y el corazón embargado por un profundo anhelo. Algunos dicen que fue el primer Hombre que llegó hasta el Mar y lo miró y conoció los deseos que despierta; pero no sé si tienen razón.

En esas regiones se quedó a vivir en una caleta protegida por enormes rocas de un negro profundo, con fondo de arenas blancas que la marea alta cubría en parte con aguas azules; la espuma jamás llegaba hasta allí, salvo en las más furiosas tempestades. Por largo tiempo vivió solo en ese sitio, vagando por la playa o caminando sobre las rocas en el menguante, maravillado por las pozas y las enormes algas, las cavernas húmedas y los extraños animales marinos que veía y que llegó a conocer; pero la pleamar y la bajamar y la voz de las olas siguieron siendo para él el mayor de los prodigios, y siempre le parecían algo nuevo e inimaginable.

Tuor había navegado mucho en las serenas aguas del Mithrim,

sobre las que se oía a lo lejos el canto de los patos o de las gallinas de agua, en un pequeño bote con una proa que imitaba el cuello de un cisne y que había perdido el mismo día en que encontró el río oculto. Aún no había navegado en el mar, aunque su corazón lo incitaba constantemente a hacerlo con una extraña ansiedad que en las noches serenas, cuando el sol se ocultaba más allá del borde del mar, se convertía en un incontenible deseo.

Tuor tenía maderos que habían sido arrastrados por el río oculto; y eran de buena madera porque los Noldoli los cortaban en las florestas de Dor-lómin y se los enviaban flotando con especial intención. Pero lo único que había construido hasta entonces era una cabaña en un rincón bien protegido de la caleta, que en los cuentos de los Eldar se ha conocido desde entonces como Falasquil. Poco a poco y con esfuerzo la fue adornando con hermosas tallas de animales y de árboles y de flores y de pájaros que había visto cerca de las aguas del Mithrim, y entre ellas se destacaba la figura del Cisne, porque a Tuor le gustaba mucho ese emblema, que se convirtió en su distintivo, y, tiempo después, en el de su familia y de los suyos. Allí pasó mucho tiempo, hasta que la soledad de los mares vacíos se le adentró en el corazón e incluso Tuor, el solitario, comenzó a extrañar las voces de los Hombres. Y eso fue en parte obra de los Ainur, porque Ulmo adoraba a Tuor.

Una mañana, mientras contemplaba la costa —ya en los últimos días del verano—, Tuor vio tres cisnes que volaban muy alto y con gran brío desde el Norte. Nunca había visto cisnes en esas regiones, y pensó que se trataba de una señal y se dijo: «Hace mucho que mi corazón anhela emprender un viaje lejos de aquí, ¡y bien, ahora seguiré a esos cisnes!». He aquí que los cisnes se dejaron caer en las aguas de su caleta y, luego de nadar tres veces por su contorno, volvieron a elevarse y se alejaron lentamente

hacia el Sur siguiendo la costa, y Tuor cogió el arpa y la lanza y los siguió.

Tuor recorrió un largo trecho ese día; y antes del anochecer llegó a un paraje en el que volvió a ver árboles, y las tierras que ahora atravesaba eran muy diferentes de las playas donde se encontraba Falasquil. Allí Tuor había visto altos riscos surcados de cuevas y enormes pozos de aguas borboteantes y caletas rodeadas de altos murallones, pero a partir de la cumbre de los riscos se extendían tierras escabrosas, planas y desiertas hasta un contorno azulado que anunciaba la presencia de remotas colinas. En cambio, lo que veía ahora era una larga costa bordeada de laderas y extensiones de arena, y las colinas distantes se acercaban cada vez más a las orillas del mar y sus oscuras faldas estaban cubiertas con pinos y abetos, y a sus pies se alzaban abedules y viejos robles. Al pie de las colinas surgían frescos torrentes que se precipitaban por estrechas grietas hasta llegar a la costa y a las olas saladas. Tuor no podía atravesar de un salto algunas de esas grietas y a menudo se le hacía difícil avanzar, pero seguía esforzándose porque los cisnes iban siempre delante de él, ora volando en círculos, ora avanzando velozmente, pero sin bajar jamás, y el brioso batir de sus alas lo animaba a seguir.

Según se cuenta, Tuor siguió avanzando así por muchos días, pero el invierno descendía desde el Norte algo más velozmente que él, porque estaba muy fatigado. Sin embargo, sin que los animales ni el frío le hicieran daño alguno, llegó a comienzos de la primavera a la desembocadura de un río. Allí la tierra no se extendía como antes hacia el Norte y era más hospitalaria que en el extremo de la Grieta Dorada, y, además, la costa cambiaba de rumbo y el mar ya no se encontraba al Oeste sino al Sur, como advertía por el recorrido del sol y las estrellas; pero su mano derecha siempre apuntaba al mar.

El río corría por un profundo canal y a sus orillas se extendían tierras fértiles: hierbas y praderas exuberantes hacia un lado y laderas cubiertas de árboles hacia el otro; sus aguas se fundían lentamente con el mar y no se enfrentaban a él como las aguas del Mithrim, allá en el Norte. Interrumpían su curso largas lenguas de tierra cubiertas de juncos y espesas malezas, y más cerca aún del mar surgían bancos de arena; y ése era el lugar predilecto de un sinnúmero tal de aves como jamás había visto Tuor en ningún otro sitio. Sus cantos y sus chillidos y sus silbidos colmaban el aire; y allí, entre sus alas blancas, Tuor perdió de vista a los tres cisnes y nunca volvió a verlos.

Entonces Tuor se hastió del mar por un tiempo, porque el esfuerzo del viaje había sido doloroso. Pero esto no escapaba a los designios de Ulmo, y esa noche los Noldoli llegaron a su lado y él despertó. Guiado por sus lámparas azules, encontró un sendero junto a la orilla del río y avanzó hacia el interior con tanto ímpetu que cuando el alba iluminó el cielo a su derecha he aquí que el mar y su sonido ya habían quedado muy atrás y el viento le daba de frente, de modo que su olor ya no impregnaba el aire. Poco después llegó a ese paraje conocido como Arlision, «la región de los juncos», que se encuentra en las tierras al Sur de Dor-lómin y separada de ese territorio por las Montañas de Hierro, cuyas estribaciones se extienden hasta el mar. El río nacía en esas montañas, e incluso en ese lugar sus aguas eran muy claras y prodigiosamente frías. Éste es un río que se nombra a menudo en las historias de los Eldar y los Noldoli, y en todas las lenguas se lo conoce como el Sirion. Allí reposó Tuor durante un tiempo hasta que su deseo lo impulsó a avanzar más y más lejos durante muchos días a lo largo del río. La primavera estaba en su apogeo y aún no había comenzado el verano cuando llegó a una región aún más hermosa. Allí el canto de los pájaros lo rodeaba de dul-

ces melodías, porque ningún ave canta como los pájaros cantores de la Tierra de los Sauces; y ahora había llegado a esa región maravillosa. Allí el río avanzaba serpenteando entre amplias curvas de bajas orillas a través de un extenso valle donde crecían las más fragantes hierbas, muy altas y verdes; junto a sus orillas se alzaban sauces antiquísimos con anchos troncos salpicados de hojas de nenúfares, que aún no habían florecido porque el año no estaba muy avanzado, pero bajo los sauces se habían desenfundado las espadas de los lirios y se erguían juncias y juncos enmarañados. Esos misteriosos parajes estaban habitados por murmullos que le susurraban a Tuor a la hora del crepúsculo y no deseaba marcharse; y en la mañana, ante el esplendor de los innumerables ranúnculos, sentía aún menos deseos de marcharse y demoraba la partida.

Allí vio mariposas por primera vez y se alegró al verlas; y se dice que todas las mariposas y otras especies similares nacieron en el valle de la Tierra de los Sauces. Entonces llegó el verano, la época de las mariposas nocturnas y las noches cálidas, y Tuor se sentía maravillado ante el sinnúmero de insectos y sus zumbidos, y por el bordoneo de los escarabajos y el canturreo de las abejas; y a todas esas criaturas les dio nombres creados por él y con ellos compuso nuevas canciones en su vieja arpa; y esas canciones eran más melódicas que sus cantos de otrora.

Entonces Ulmo comenzó a temer que Tuor quisiera quedarse en ese lugar por siempre jamás y que sus importantes designios no se cumplieran. Pero temía aún más pedir solamente a los Noldoli que lo guiaran, porque ellos le ayudaban en secreto pero el temor que Melko les despertaba los hacía muy inconstantes. Tampoco tenían fuerzas para enfrentarse a la magia del paraje de los sauces, porque su fascinación era muy poderosa.

Entonces Ulmo se subió de un salto a su carruaje a la entrada

del palacio que tenía bajo las aguas del Mar Exterior, y narvales y lobos marinos arrastraron el carruaje, cuya forma imitaba a una ballena; y, en medio del silbido de enormes conchas, se alejó de Ulmonan. Avanzaba tan velozmente que sólo tardó algunos días, no incontables años como podría suponerse, en llegar a la desembocadura del río. El carruaje no podía surcar sus aguas y avanzar por sus orillas sin sufrir daño; por tanto, Ulmo, que adoraba a todos los ríos y a éste más que a muchos de ellos, siguió su camino a pie, cubierto hasta la cintura con una cota de malla parecida a las escamas de los peces azules y plateados; pero sus cabellos eran de color plata azulada y la barba que le llegaba hasta los pies era del mismo color, y no llevaba casco ni corona. Bajo la cota de malla caía el faldón de su capa de tonos verdes deslumbrantes y no se sabe de qué material estaba hecha, pero quienes observaban detenidamente sus sutiles colores creían ver los tenues movimientos de las aguas profundas, en los que brillaban los furtivos destellos de los peces fosforescentes que habitan los abismos. Una ristra de perlas de gran pureza le ceñía la cintura e iba calzado con fuertes botas de piedra.

También llevaba con él su prodigioso instrumento musical; su forma era extraña, porque estaba hecho con muchas conchas largas retorcidas y perforadas. Al soplar y mover sus largos dedos, surgían graves melodías de encanto inigualado por las que cualquier otro músico ha tocado jamás en un arpa o un laúd, en una lira o una flauta o instrumentos de hueso. Tras avanzar por el río, se sentó entre los juncos a la hora del crepúsculo y comenzó a tocar ese objeto hecho con conchas; y no lejos de allí estaba Tuor resistiéndose a marcharse. Y, al oírlo, Tuor enmudeció. Allí se quedó, hundido hasta las rodillas en la hierba, y dejó de escuchar el zumbido de los insectos y el susurro del agua en la orilla del río, y dejó de oler el aroma de las flores; sólo oía el sonido de las olas y

el gemido de las aves marinas, y su alma comenzó a añorar los parajes rocosos y los arrecifes impregnados del olor de los peces, el chasquido del cormorán al clavarse en las aguas y aquellos lugares donde el mar golpea contra los riscos negros y lanza un rugido penetrante.

Entonces Ulmo se puso en pie y le habló, y Tuor casi murió de temor al escucharlo, porque la voz de Ulmo es tan profunda como las más recónditas profundidades: tan profunda como sus ojos, que son lo más profundo que existe. Y Ulmo le dijo:

—Oh Tuor, el del corazón solitario, no permitiré que vivas por siempre jamás en hermosos parajes llenos de pájaros y flores, y tampoco deseo arrancarte de esta hermosa tierra, pero así debe ser. Emprende ahora el viaje que te está destinado y no demores, porque tu sino se encuentra lejos de aquí. Ahora debes recorrer las tierras en busca de la ciudad habitada por los Gondothlim, los que viven entre las piedras, y los Noldoli te escoltarán hasta allá en secreto por temor a los espías de Melko. Allá pondré palabras en tu boca y allá vivirás por un tiempo. Pero tal vez la vida te lleve nuevamente hasta las aguas poderosas; y, sin duda, tendrás un hijo que conocerá mejor que nadie las más recónditas profundidades, ya sea del mar o del firmamento.

A continuación, Ulmo también le habló a Tuor de algunos de sus designios y deseos, pero Tuor no comprendió mucho en ese momento y sentía un gran temor. Entonces, en medio de esas tierras del interior, una niebla de aire marino envolvió a Ulmo y, al escuchar esa melodía, Tuor sintió deseos de regresar a los parajes del Gran Mar; pero luego, recordando la orden que había recibido, dio media vuelta y comenzó a avanzar tierra adentro siguiendo el curso del río, y así siguió caminando hasta que se hizo de día. Pero quien ha escuchado el sonido de las conchas

de Ulmo sigue escuchándolo hasta su muerte, como lo comprobó Tuor.

Cuando llegó el día se sintió fatigado y durmió hasta poco antes del crepúsculo, y los Noldoli se le acercaron y comenzaron a guiarlo. Así siguió caminando por muchos días a la hora del crepúsculo y por la noche y durmiendo de día y, por ese motivo, después no podía recordar claramente qué senderos había atravesado en esa época. Tuor y sus guías siguieron avanzando sin cesar y la tierra se cubrió de colinas y el río serpenteaba en torno a sus pies, y había muchos valles extraordinariamente apacibles; pero allí los Noldoli empezaron a mostrarse agitados.

—Éstos —dijeron— son los confines de los parajes que Melko ha plagado con sus trasgos, ese linaje que sólo conoce el odio. Lejos de aquí, hacia el Norte —pero, por desgracia, jamás sería demasiado lejos aunque estuviesen a diez mil leguas—, están las Montañas de Hierro, de donde manan el poder y el terror de Melko, de quien somos esclavos. En realidad, te guiamos sin que él lo supiese porque si conociera todas nuestras intenciones sufriríamos los tormentos de los Balrogs.

Fue tal el pavor que se apoderó de los Noldoli que no tardaron mucho en abandonarlo y siguió avanzando solo entre las colinas, y más adelante quedó demostrado que su partida había sido funesta, porque, como se dice, «Melko tiene muchos ojos» y, mientras los Gnomos acompañaban a Tuor, lo habían llevado por senderos ocultos y lo habían hecho atravesar las colinas por muchos túneles secretos. Pero luego perdió el rumbo y solía trepar a la cumbre de las lomas y de las colinas para escudriñar las tierras de los alrededores. Sin embargo, no veía indicios de lugares habitados y, en realidad, no era fácil encontrar la ciudad de los Gondothlim, porque ni siquiera Melko y sus espías la habían descubierto aún. Sin embargo, se dice que en ese entonces esos espías se

dieron cuenta de que los extraños pies de un Hombre se habían posado en esas tierras, y, por ese motivo, Melko redobló su astucia y su vigilancia.

Cuando los Gnomos abandonaron aterrorizados a Tuor, un tal Voronwë o Bronweg lo siguió desde lejos a pesar de su temor, porque no habría servido de nada reprender a los demás para animarlos. Tuor había caído presa de un gran agotamiento y estaba sentado junto a las torrentosas aguas del río, y su corazón extrañaba el mar y una vez más pensaba en seguir el curso del río hasta las extensas aguas y las rugientes olas. Pero Voronwë el fiel se le acercó y le dijo al oído:

—Oh Tuor, no dejes de pensar que algún día conseguirás lo que deseas; levántate ahora y escucha esto: jamás te abandonaré. No soy un Noldoli que conozca todos los senderos, porque soy un artesano y con mis propias manos hago objetos de madera y de metal, y me uní tarde al grupo que te escoltaba. Sin embargo, hace mucho que en medio del fatigoso cautiverio oigo susurros y comentarios en secreto en los que se habla de una ciudad donde los Noldoli podrían vivir en libertad si encontraran el camino oculto que conduce a ella; y, sin duda, los dos podremos encontrar el camino que lleva a la Ciudad de Piedra, donde reina la libertad de los Gondothlim.

Habéis de saber que los Gondothlim fueron los únicos Noldoli que lograron escapar del dominio de Melko después de que dio muerte y convirtió en esclavos a los de ese linaje en la Batalla de las Lágrimas Innumerables, y los sometió a maleficios y los obligó a vivir en los Infiernos de Hierro y a ir solamente donde él les permitía y ordenaba.

Tuor y Voronwë anduvieron en busca del lugar donde habitaba ese pueblo por largo tiempo, hasta que después de muchos días llegaron a un profundo valle rodeado de colinas. El río

avanzaba veloz y con gran estruendo sobre un lecho de piedras y oculto entre espesos bosquecillos de alisos; pero las laderas que rodeaban el valle eran escarpadas porque estaban cerca de unas montañas que Voronwë no conocía. Allí, en la verde ladera, ese Gnomo encontró una abertura que parecía una enorme puerta con un declive a cada lado y estaba rodeada de espesos arbustos y largas malezas enmarañadas; pero nada quedaba oculto a la mirada penetrante de Voronwë. Sin embargo, se dice que quienes la habían construido rodearon el lugar de tales sortilegios (con la ayuda de Ulmo, cuyo poder se extendía por el río aunque el terror de Melko cubriera sus orillas) que nadie que no tuviera sangre de Noldoli podía llegar allí por azar; y Tuor tampoco habría encontrado jamás la abertura de no haber sido por la tenacidad del Gnomo Voronwë. Los Gondothlim ocultaban de ese modo su ciudad por temor a Melko, pero no pocos de los más valerosos Noldoli se deslizaban por el río Sirion desde las montañas y, aunque muchos perdieron la vida por la crueldad de Melko, también muchos encontraron ese paso mágico y llegaron por fin a la Ciudad de Piedra y se unieron a sus habitantes.

Tuor y Voronwë sintieron un enorme júbilo al encontrar ese portal, pero al atravesarlo descubrieron un pasadizo oscuro, accidentado y sinuoso y por mucho tiempo avanzaron dificultosamente por el interior de sus túneles. El lugar estaba lleno de pavorosos ecos y a sus espaldas escuchaban innumerables pasos, de modo que Voronwë se aterrorizó y dijo:

—Han de ser los tragos de Melko, los Orcos de las colinas.

Entonces echaron a correr, tropezando en las piedras en medio de la oscuridad, hasta darse cuenta de que sólo era una ilusión creada por ese lugar. Después de lo que les pareció una eternidad en la que avanzaban a tientas y aterrados, llegaron a un lugar en el

que se veía a lo lejos un destello de luz y, acercándose a esa luz, encontraron una entrada similar a la que ya habían cruzado, pero que no estaba oculta. Entonces salieron a la luz del sol y por un instante no pudieron ver nada, pero de inmediato se oyó el sonido de un gong y de armaduras que se entrechocaban, y se vieron rodeados por guerreros cubiertos de acero. Entonces miraron hacia arriba y volvieron a ver, y he aquí que estaban a los pies de escarpadas colinas y esas colinas formaban un amplio círculo en cuyo centro había un extenso valle y allí, no exactamente en el centro sino más bien cerca del lugar donde se encontraban, había una alta colina con una cima plana y en esa cima se alzaba una ciudad a la luz de un nuevo día.

Entonces Voronwë comenzó a hablarles a los Guardias de los Gondothlim y ellos comprendían su idioma, porque era la dulce lengua de los Gnomos. Entonces Tuor también empezó a hablar y les preguntó dónde se encontraban y quiénes eran esos guerreros armados que los rodeaban, porque estaba un tanto asombrado y muy extrañado por las excelentes armas que llevaban. Entonces uno de ellos le dijo:

—Somos los guardias de la entrada al Paso de la Huida. Alegraos de haberla encontrado, porque ante vosotros se alza la Ciudad de los Siete Nombres, donde todos los que luchan contra Melko pueden encontrar consuelo.

Entonces Tuor dijo:

—¿Cuáles son esos nombres?

Y el jefe de los Guardias le respondió:

— Se dice y se canta: «Me llaman Gondobar y Gondothlimbar, la Ciudad de Piedra y la Ciudad de los que Habitan entre Piedras; Gondolin, la Piedra Cantante, y Gwarestrin me llaman, la Torre de la Vigilancia, Gar Thurion o el Lugar Secreto, porque estoy oculta a los ojos de Melko; pero los que más me aman me

llaman Loth, porque soy como una flor, como Lothengriol, el lirio que florece en el valle». Pero —dijo— comúnmente la llamamos más que nada Gondolin.

Entonces dijo Voronwë:

— Condúcenos allí, porque estamos ansiosos por entrar a ella.

Y Tuor dijo que su corazón anhelaba recorrer los senderos de esa hermosa ciudad.

Entonces el jefe de los Guardias les dijo que ellos debían quedarse allí, porque aún faltaban muchos días de la luna en que debían montar guardia, pero que Voronwë y Tuor podían seguir rumbo a Gondolin; y, además, a partir de allí no necesitarían que nadie los guiara, porque:

—¡Mirad!, podéis verla fácilmente y con claridad y sus torres apuntan hacia el cielo sobre la Colina de la Defensa que hay en el centro del valle.

Entonces Tuor y su compañero atravesaron el valle, que era una planicie maravillosa, interrumpida aquí y allá por enormes piedras redondas y lisas en medio de la hierba o junto a pozas de fondo pedregoso. Muchos bellos senderos cruzan esa planicie y al cabo de un día de fácil marcha llegaron a los pies de la Colina de la Defensa (llamada Amon Gwareth en la lengua de los Noldoli). Entonces comenzaron a subir las sinuosas escaleras que conducían a la entrada de la ciudad; y nadie podía llegar a la ciudad sino a pie y observado desde las murallas. Cuando los últimos rayos del sol cubrían de reflejos dorados el portal del Oeste, llegaron a lo alto de la larga escalera y muchos ojos los observaban desde las almenas y las torres.

Pero Tuor contempló las murallas de piedra y las altas torres que se elevaban sobre los pináculos resplandecientes de la ciudad, y contempló las escaleras de piedra y mármol, orilladas por esbeltas balaustradas y que recibían el frescor de los hilos de agua de las

cascadas que bajaban hacia el valle desde las fuentes del Amon Gwareth, y caminaba como en un sueño enviado por los Dioses, porque no creía que los hombres pudiesen contemplar cosas como ésas en las visiones de sus sueños, tal era su asombro ante la gloria de Gondolin.

Así llegaron ante las puertas, Tuor maravillado y Voronwë lleno de júbilo porque al actuar con tanta osadía había llevado a Tuor hasta allí, obedeciendo el mandato de Ulmo, y había logrado liberarse del yugo de Melko para siempre. Aunque de ninguna manera lo odiaba menos, ya no temía tanto al Malvado con un terror subyugador (y de verdad el hechizo que Melko había arrojado sobre los Noldoli despertaba un miedo insondable, de modo que siempre lo sentían cerca de ellos aunque estuviesen lejos de los Infiernos de Hierro, y sus corazones temblaban y no huían ni siquiera cuando podían hacerlo; y Melko solía confiar en eso).

De súbito un grupo atravesó las puertas de Gondolin y una multitud maravillada los rodeó, feliz de que otro Noldoli hubiese llegado hasta allí escapando de Melko, y todos se asombraron ante la estatura y las enjutas piernas de Tuor y ante su pesada lanza recubierta de espinas y ante su hermosa arpa. Su aspecto era tosco y llevaba los cabellos desgreñados e iba cubierto con pieles de oso. Se ha escrito que en ese entonces los padres de los padres de los Hombres no eran tan altos como los Hombres de hoy día y que los hijos de Elfinesse eran de mayor tamaño, pero aun así Tuor era más alto que todos los que allí había. En realidad los Gondothlim no tenían la espalda curvada como llegaron a tenerla muchos desdichados de su mismo linaje que cavaban y martillaban sin descanso para Melko, sino que eran pequeños y delgados y muy ágiles. Eran veloces y de aspecto muy agradable; tenían una boca hermosa y triste, y en el fondo de sus ojos alegres se

agitaban las lágrimas, porque en esos tiempos los Gnomos llevaban el exilio en el corazón y vivían obsesionados por una constante añoranza por su hogar de antaño. Pero el destino y las insaciables ansias de saber los habían llevado a esos remotos parajes, y ahora estaban cercados por Melko y debían convertir el lugar en que vivían en el sitio más hermoso que pudiesen con esfuerzo y amor.

No sé cómo es posible que los Hombres hayan llegado a confundir a los Noldoli con los Orcos, que eran los trasgos de Melko, a menos que algunos Noldoli se hubieran doblegado ante la crueldad de Melko y se hubiesen unido a los Orcos, porque Melko criaba a todos los de esa raza con el calor y el lodo subterráneos. Sus corazones eran de granito y sus cuerpos eran deformes; tenían rostros repugnantes que jamás sonreían y su risa retumbaba como golpes de metal, y nada les agradaba más que ayudar a que se cumplieran los más bajos designios de Melko. Entre ellos y los Noldoli reinaba el más profundo de los odios y los Noldoli los llamaban *Glamhoth*, el pueblo abominable.

He aquí que los guardias armados de la entrada obligaron a apartarse a la multitud que se había reunido en torno a los viajeros y uno de ellos dijo:

—Ésta es una ciudad que está constantemente alerta y vigilante, Gondolin, la que se eleva en el Amon Gwareth, donde todos los que tienen un corazón leal pueden vivir en libertad, pero aquí no puede entrar nadie sin que se sepa quién es. Decidme vuestros nombres.

Pero Voronwë dijo que se llamaba Bronweg y era del linaje de los Gnomos, y que había llegado allí por orden de Ulmo, como guía de ese hijo de los Hombres; y Tuor dijo:

—Soy Tuor, hijo de Peleg, hijo de Indor, de la casa del Cisne

de los hijos de los Hombres del Norte que viven lejos de este lugar, y he llegado hasta aquí por mandato de Ulmo, el de los Océanos Exteriores.

Entonces todos los que escuchaban se quedaron en silencio, y su voz profunda y vibrante los tenía cautivados, porque sus voces eran delicadas como el sonido de las fuentes. En ese momento todos empezaron a decir:

—Llevémoslo ante el rey.

Entonces la multitud volvió a cruzar las puertas junto con los viajeros, y Tuor vio que eran de hierro y muy altas y fuertes. Las calles de Gondolin eran anchas y empedradas y orladas de mármol, y a lo largo del camino había hermosas casas y plazoletas rodeadas de flores de colores brillantes y muchas torres de mármol blanco, delicadas y de graciosas formas y con hermosísimas figuras grabadas, que se elevaban hasta el cielo. Había plazas decoradas con fuentes y llenas de pájaros que cantaban en las ramas de sus vetustos árboles, pero el más extraordinario de todos esos lugares era aquel en que se encontraba el palacio del rey, y su torre era la más alta de la ciudad y el agua de las fuentes que jugueteaban ante las puertas se elevaba a veintisiete brazas en el aire y caía en una lluvia cantarina de cristal; allí el sol resplandecía esplendorosamente durante el día y la luna lanzaba mágicos destellos por la noche. Los pájaros que vivían allí eran blancos como la nieve y sus cantos eran más melodiosos que el arrullo de la música.

A cada lado de la puerta del palacio había un árbol, uno con flores de oro y el otro con flores de plata, que jamás se marchitaban porque eran antiguos vástagos de los magníficos Árboles de Valinor que alegraban esos lugares antes de que Melko y la Tejedora de Tinieblas los marchitaran; y los Gondothlim los llamaban Glingol y Bansil.